

de actos de amor de Dios durante las diversiones; medio admirable para que te sean provechosas al mismo tiempo que son cristianas. La compostura, la urbanidad, el sosiego, de que jamás te has de olvidar en el juego y en las diversiones, contribuirán para hacerlas mas agradables. En ninguna otra ocasion se descubre mejor el genio y la virtud.

---

### DIA VEINTE Y DOS.

#### SANTA JULIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Habiendo sorprendido à Cartago el año de 439 Gensérico, rey de los Vándalos y uno de los mas ardientes protectores del arrianismo, ejecutó las mas bárbaras crueldades, principalmente en las familias mas distinguidas de aquella populosa ciudad. Resuelto à fijar en ella su corte, quiso desembarazarse de todo lo que podia causarle algun rezelo. La primera que experimentó su inhumanidad fué la nobleza. Quitó la vida, ó los obligó à que la salvaran huyendo, à todos los que obtenian los cargos, ó lograban en la república algun crédito. Despojó à los ricos de sus haciendas, y à las iglesias de sus ornamentos, apoderándose de todos los vasos sagrados; y no contento con reducir à los mas ilustres ciudadanos à la mendicidad, à todos los hizo esclavos. Las mujeres y doncellas de distincion fueron vendidas à los mercaderes, y por muchos dias fué entregada al pillaje la ciudad.

Entre estas ilustres esclavas se halló una de la primera nobleza, llamada Julia, que, habiendo sido educada con el mayor cuidado en las santas máximas de la religion cristiana, habia hecho maravi-

T. 5.

P. 602.



STA JULIA, V. Y M.



llosos progresos en la virtud, y era la admiracion de toda la ciudad. Arrancada del seno de su familia, fué vendida á un mercader gentil, llamado Eusebio, que la condujo á Siria. Fácilmente se deja considerar cuánto sentiria Julia una mudanza tan espantosa de condicion. Acostumbrada á ser servida, y á vivir delicadamente, se vió reducida á la triste suerte de servir y de vivir como una vil esclava.

Solo halló consuelo en la religion y en su propia virtud. La vista de Jesucristo crucificado templaba la amargura de su corazon, y detenia el torrente de sus lágrimas. Conoció que por servir á un amo idólatra, no por eso era menós sierva de Jesucristo; así se dedicó á cumplir exactamente con todas las obligaciones de su estado, santificándose mas y mas en la penosa y abatida condicion de esclava. Bien presto se hizo admirar por su virginal modestia, su compostura, su porte y su aplicacion á los officios á que la destinaban. Estimóla tanto su amo, que el aprecio llegó á ser veneracion; y solia decir que sentiria menós la pérdida de todos sus bienes, que el perder solo á su esclava.

Este favor que merecia Julia á su amo, solamente la servia para dedicarse con mayor libertad y con mas ardiente fervor á los ejercicios de su santa religion. Ayunaba rigurosamente todos los dias; el amo se afligia al ver lo mal que Julia se trataba; pero todas sus instancias, y todos los medios de que se valió para obligarla á comer y á darse mejor trato, solo pudieron conseguir que se dispensase en el ayuno los domingos. El amor á la castidad se dejaba ver en todas sus acciones, no pudiendo subir á mas alto grado su delicadeza en esta preciosísima virtud. Aunque su extraordinaria hermosura la ponía en tantos peligros en medio de aquellos paganos, se habia hecho tan respetable por su virtud y por su modestia, que los



paganos mismos se portaban con la mayor circunspeccion cuando se hallaban en su presencia.

Cuando habia acabado las haciendas de la casa (porque su virtud no se acomodaba con la ociosidad), empleaba el tiempo en la oracion, y en la lectura de los libros devotos que pudo salvar del pillaje de su casa.

Comosi el trabajo de servir no hubiera sido bastante para una doncella tierna, noble, criada con regalo y con la mayor abundancia, añadia crueles penitencias á las penalidades de su estado. Tenia grabado en su corazon á Jesucristo crucificado, y esta memoria renovaba cada dia su fervor, dándola nuevo aliento y nuevo gusto en las mortificaciones cada vez que le contemplaba. A la verdad derramaba el Señor en su alma tan abundantes consuelos, que siempre se la veia con un semblante risueño, y apenas se ponía jamás en oracion, sin que corriesen de sus ojos dulces y copiosas lágrimas.

El mayor elogio de la religion que profesaba Julia era su vida ejemplar; acreditábala con sus obras; y su mismo amo, aunque gentil, no cesaba de alabar continuamente la religion cristiana. Llenábase nuestra santa de consuelo al ver la justicia que se hacia á su religion; pero en esta prosperidad una sola cosa la afligia, y era parecerla que esto mismo la ponía cada dia mas distante del martirio. La esperanza que siempre habia tenido de derramar su sangre por Jesucristo, era lo que la alentaba en la triste condicion en que se veía; este era el objeto de sus ansias, la materia ordinaria de sus oraciones, y la gracia singular que incesantemente pedía á Dios por intercesion de la santísima Virgen, á quien profesaba muy tierna devocion: pedíala diariamente con las mayores instancias que la alcanzase de su querido Hijo la palma del martirio.

Siendo tan amada del hijo y de la Madre la hu-

milde sierva de Dios, no podia dejar de ser oida. Habianse ya pasado algunos años de su esclavitud en Siria, cuando á su amo Eusebio, que hacia en las Galias un gran comercio con los géneros mas preciosos de Levante, se le ofreció un viaje á la Provenza, y resolvió llevar consigo á su esclava. No podia Julia resistir á la voluntad del que tenia autoridad para mandarla. Embarcóse, pues, no dudando que tendria sus altos fines la divina Providencia en disponer aquel viaje, en el cual no la podian faltar, cuando menos, muchas ocasiones de padecer, y quizá se la proporcionaria la del martirio. Con efecto, la halló antes de mucho tiempo. Habiendo arribado el navío á la isla de Córcega, mandó Eusebio echar el ancla; y noticioso de que los habitantes de la isla, todos idólatras, celebraban una gran fiesta en honor de sus falsos dioses, quiso asistir á ella, y saltó á tierra con toda la gente.

Entró en el templo, y sacrificó un toro al demonio. Al sacrificio se siguió el convite y la disolucion, como era de costumbre. Julia se habia quedado á bordo con parte de la tripulacion, suspirando de lo mas intimo de su corazon, gimiendo delante de Dios, y llorando amargamente la ceguedad de aquellos miserables idólatras. Algunos criados de Félix, gobernador de la isla, entraron en el navío; y habiendo visto á Julia hincada de rodillas, preguntaron á los de la tripulacion qué hacia allí aquella doncella. Respondieronles que era una esclava del señor Eusebio, la cual trataba de vanas supersticiones todas sus ceremonias y todos sus sacrificios, sin poder llevar con paciencia ni aun el nombre solo de los ídolos. Volvieron á tierra los criados del gobernador, y luego le contaron que en el navío habia una tierna doncellita que hacia burla del culto de los dioses, y condenaba los sacrificios.



Como era Félix uno de los hombres mas encaprichados y mas ardientes defensores de las supersticiones paganas, preguntó á Eusebio por qué razon no habia concurrido al sacrificio toda la tripulacion, y quién era una doncella de poca edad que venia en el navio, y se burlaba de todas sus ceremonias. Es, respondió Eusebio, una doncellita cristiana, esclava mia, de quien jamás he podido conseguir que mude de religion, á pesar de los arbitrios de que me he valido para este fin; pero en lo demás es de costumbres irreprehensibles, me sirve grandemente, y me tiene hechizado su prudencia. Ella es la que gobierna mi casa, y cada dia admiro mas su fidelidad. Con todo eso, replicó Félix, yo os aconsejo que la obliguéis á que rinda á los dioses el debido culto, ó en caso de no quererlo hacer, á que os deshagais de ella. Ni á uno ni á otro me puedo resolver, respondió Eusebio, y el mejor partido que podemos tomar es dejarla en paz. Pues vendédmela á mi, replicó Félix, que yo os daré por ella todo cuanto me pidiéreis; y si no quereis dinero, escoged entre todas mis criadas aquellas cuatro que mas os agradaren. Todo cuanto teneis, respondió Eusebio, no vale lo que ella merece; y antes perderé yo todo cuanto tengo, que perderla á ella.

Conoció el gobernador que nunca lograria de él que se la entregase voluntariamente, y que era menester recurrir al artificio. Dispuso, pues, un magnífico banquete, como para cortejar á Eusebio, y tuvo gran cuidado de embriagarle. Logrólo, y aprovechándose de la ocasion, dió orden á sus criados que fuesen al navio, y que trajesen á Julia á su presencia. Cuando la tuvo delante, la dijo con artificiosa ternura: No temas, hija mia, que se pretenda hacerte algun insulto; estoy muy informado de tu virtud, y no merecen tus prendas que gimas por mas tiempo

en el indigno estado de esclava. Quiero tomar de mi cuenta tu fortuna, y no pido de ti otra correspondencia que el que vengas al templo á cumplir con tus devociones, y ofrecer sacrificios á nuestros dioses. Yo pagaré á tu amo tu rescate; si quisieres quedarte en nuestra isla, no te faltará un esposo digno de tus prendas y de tu persona; y si gustares de irte á otra parte, yo te pondré donde eligieres, y te equiparé á mi costa de todo lo que necesitares.

Respondió Julia con mucha modestia y compostura, pero con igual resolucion, que ella se consideraba verdaderamente libre, mientras tuviese la dicha de ser sierva de Jesucristo; que estaba contenta con su condicion, y que ni pretendia ni pensaba en hacer otra fortuna que la del cielo. Pero en orden á ese culto que me proponeis, añadió levantando la voz para ser oida de todos, tened entendido que por el sumo horror con que miro vuestras ciegas supersticiones me hace estremecer solo el oír semejante proposicion. Soy cristiana, y mi mayor dicha será perder la vida por mi señor Jesucristo.

Irritado Félix con tan animosa respuesta, la mandó abofetear tan cruelmente, que fué bañado en sangre su virginal semblante. Dijo entonces la santa: « Mi dulce Salvador fué primero abofeteado por mi; » gran dicha es la mia ser tambien abofeteada por » mi dulce Salvador. » No pudiendo Félix contenerse, ordenó que la colgasen de los cabellos, y que la moliesen á palos. Hubiera espirado en este tormento, á no haberla conservado Dios la vida milagrosamente. En medio de él se la oyó exclamar de esta manera: « Seais mil veces bendito, amable Salvador » mio, por la insigne gracia que concedéis á vuestra » humilde sierva; dichosa yo si merezco tener alguna parte en vuestros dolores; pero ¡ah Señor, » y qué diferencia tan grande! A mi me arrancan los



» cabellos, y yo veo una corona de espinas que tras-  
 » pasa vuestra sagrada cabeza; verdad es que á  
 » mi me quebrantan á palos, pero vuestro sagrado  
 » cuerpo esta despedazado con crueles azotes; con-  
 » tra mí vomitan maldiciones, mas tambien os estoy  
 » mirando á vos harto de oprobios. » Rebosaba de  
 alegría en medio de los mas atroces suplicios, cuando  
 temiendo el gobernador que despertase Eusebio, y  
 no le permitiese llevar á cabo su bárbara resolucion,  
 hizo que á toda priesa se levantase una cruz, ó una  
 especie de horca, para colgar en ella á la santa. A la  
 vista de la cruz se llenó de nuevo gozo, y exclamó  
 diciendo: « Siempre he deseado ardientemente, ó  
 » amado Salvador mio, dar la vida por vos; pero  
 » nunca me atreví á prometerme la honra de darla  
 » en un madero á imitacion de mi divino Maestro.  
 » Dignaos, Señor, admitir el sacrificio que os ofrezco  
 » de ella, tened misericordia de estos pobres ciegos,  
 » y perdonadles mi muerte. » Apenas pronunció  
 estas palabras, cuando la colgaron los verdugos, y  
 en el mismo punto en que espiró, despertó Eusebio.  
 En vano llenó el aire de lamentos y de amenazas al  
 gobernador; Julia era muerta, y tan inútiles fueron  
 sus lágrimas como su resentimiento.

Luego que espiró la santa se apoderó un secreto  
 terror del corazon de los impíos que habian contri-  
 buido á su muerte, ó se habian hallado presentes á  
 ella. Retiráronse todos con precipitacion, y entre  
 tanto se aparecieron dos ángeles á unos santos monjes  
 que habitaban cierta isla vecina, llamada la isla Mar-  
 garita, por otro nombre Gorgona, y habiéndolos in-  
 formado de todo lo sucedido, les mandaron de parte  
 de Dios que fuesen á retirar el cuerpo de la santa.  
 Embarcáronse al punto, y llegando al Cabo, encon-  
 traron al santo cuerpo pendiente todavía de la cruz;  
 y descolgándole, se volvieron á embarcar con él,

llevando todos palmas en las manos, y cantando  
 salmos. Los monjes de la isla Capraria, ó Cabrera,  
 mas inmediata á Córcega que la antecedente, salieron  
 á recibir el santo cuerpo, y acompañándole como en  
 triunfo hasta la puerta de su monasterio, dejaron  
 que se lo llevasen los de Gorgona, donde estuvo se-  
 pultado en un magnífico sepulcro hasta el año 763,  
 en que Didier, rey de Lombardia, lo hizo trasladar  
 á Brescia, ciudad de sus estados, y hoy pertene-  
 ciente á la república de Venecia, donde fué deposi-  
 tado en la iglesia del bello monasterio de monjas que  
 él mismo habia fundado, y era abadesa de él su hija  
 Angelberga. Hicieron las religiosas edificar otra iglesia  
 mucho mas suntuosa que la primera, dedicándola á  
 santa Julia, y fué trasladado á ella el santo cuerpo  
 con gran concurso de los pueblos. El martirio de  
 esta ilustre virgen sucedió el dia 22 de mayo. En el  
 lugar donde fué colgada de la cruz brotó una fuente  
 milagrosa, que aun se conserva el dia de hoy, y en  
 el mismo sitio se levantó una capilla en honra de la  
 santa, donde cada dia la ilustra mas el Señor con  
 nuevas maravillas.

---

#### SANTA RITA DE CASIA.

Entre los pueblos fértiles del reino de Ungría, per-  
 tenecientes al obispado de Espoleto, hay uno llamado  
 Casia, á cuya jurisdiccion pertenece Roca-Porraña,  
 donde en el siglo XIV de nuestra era cristiana vivian  
 dos esposos con admirable edificacion en su dichoso  
 matrimonio, distinguiéndose sobre otras virtudes en  
 la especial gracia de arreglar las diferencias, llamados  
 por lo mismo pacificadores de Jesucristo. Sentian en el  
 alma verse privados de sucesion; y para conseguirla,